

JUANA BIGARD (1859-1934)

Juana Bigard nació el 2 de diciembre de 1859 en Coutances, una pequeña ciudad de la Baja Normandía, en Francia. Su madre, Estefanía Cottin, fue una mujer de carácter y de amor posesivo. Entre madre e hija se desarrolló tal simbiosis de sentimientos e ideales que se necesitaban casi siempre la una a la otra.

La edad escolar transcurrió para Juana, frágil de salud, dentro de las paredes de la casa de Caen, la ciudad adonde su padre, magistrado, se había trasladado por motivos laborales. La instrucción que recibió en casa fue sin duda mucho mejor que la recibida por sus coetáneas, sobre todo considerando el alto nivel cultural de la familia Bigard, pero no lo suficiente como para darle el respiro de libertad, la alegría de los juegos infantiles, el calor de la amistad.

La juventud de Juana coincidió con el pleno desarrollo de la red de cooperación misionera de los tiempos modernos, que ahondaba sus raíces en la Francia pre-napoleónica. El Instituto de Misiones Extranjeras de París se convirtió en el centro del despertar misionero y la fuerza impulsora de algunas asociaciones misioneras que, con la ayuda de la oración y con algunas colaboraciones espontáneas, se dispusieron a apoyar a los misioneros enviados al Extremo Oriente y a América del Norte.

Por iniciativa de varias personas, especialmente Pauline Jaricot (1799-1862), se estableció la *Obra de la Propagación de la Fe* en Lyon, en 1822. Durante las tres primeras décadas esta obra se propagó por varios países europeos, entre ellos Italia, estimulando el interés popular en favor de las misiones, a través de publicaciones de carácter prevalentemente edificante, como los *Anales de la Propagación de la Fe*, lo que permitió divulgar algu-

nas de las experiencias loables y muy positivas de los misioneros, así como también los diferentes problemas del mundo indígena.

A partir de esas lecturas, Estefanía y Juana Bigard, que ya tenían una estrecha relación con las Misiones Extranjeras de París, conocieron a algunos sacerdotes misioneros que trabajaban en el Extremo Oriente, de los que luego se convertirían en confidentes y protectoras. Precisamente en el momento en que las fuerzas misioneras se multiplicaban, en Europa se advertía la necesidad urgente de establecer una jerarquía local en los territorios de misión, libre de cualquier presión política y autónoma en su ejercicio pastoral. Estefanía y Juana Bigard, gracias a los contactos habituales con los misioneros, percibieron el problema y comenzaron a buscar una respuesta adecuada en sus mentes. La Sociedad de las Misiones Extranjeras de París, que frecuentaban habitualmente, había incorporado desde hacía tiempo en su programa el establecimiento inmediato de la Iglesia indígena con una jerarquía compuesta de elementos locales. La implementación de este programa no fue fácil.

La Congregación Romana *de Propaganda Fide* volvió a abordar el problema del clero indígena con insistencia, haciendo referencia a la famosa Instrucción de 1659¹⁷, en la que se imploraba a los misioneros que pusieran el máximo esmero e interés en la formación del clero local. Con la Instrucción de 1845¹⁸ se invitó a los Vicarios Apostólicos, directamente vinculados a *Propaganda Fide*, a pasar a manos de los sacerdotes indígenas la responsabilidad de las misiones y a no tener miedo tampoco de poner a los misioneros europeos bajo su subordinación. Las persecuciones, con la posibilidad de una expulsión masiva de misioneros extranjeros, aconsejaron, como solución urgente, la creación de un clero indígena. A fin de garantizar el crecimiento de las Iglesias locales en los territorios de misión, el problema central siguió siendo, durante muchos años, la formación del clero indígena. Las dos Bigard, madre e hija, se concentraron en esto.

El punto de partida fue una carta que recibieron, el 1 de junio de 1889,

¹⁷ Congregación de *Propaganda Fide*, Istruzione 1659, Collectanea 1 (1622-1866), n. 135, 42-43.

¹⁸ *Ib.*, n. 1002, 541-545.

del obispo de Nagasaki, Mons. Giulio Alfonso Cousin, de las Misiones Extranjeras de París. El obispo, se mostraba preocupado porque debía hacer regresar a sus familias –tan solo por falta de fondos– «a algunos muchachos que podrían haber sido excelentes seminaristas y, más tarde, buenos sacerdotes»¹⁹, y pedía a las Bigard que ayudasen a su seminario y que se convirtiesen en sus promotoras. Así sugirió la idea de «la adopción de un seminarista que todos los días, años más tarde, pondrá ante el altar santo el recuerdo de sus padres adoptivos, tanto durante su vida como después de la muerte»²⁰. Para Juana y Estefanía, la carta sonó como una llamada. El clero indígena sería la vocación a la que podrían ofrecer, sin reservas, toda su vida. Desde entonces se mantuvieron firmes en ello, recogiendo fondos para los seminaristas de Nagasaki y al mismo tiempo recopilando también la información de los obispos y vicarios apostólicos de las Misiones Extranjeras de París sobre el estado del clero indígena en sus países.

El camino tomado habría resuelto el problema central de las misiones asegurando la presencia del clero local. La fundación de la Obra de San Pedro Apóstol pasó por varias etapas: al principio, para satisfacer las peticiones de Mons. Cousin y otros misioneros, se dispusieron becas para seminaristas y se confeccionaron objetos litúrgicos para las misiones. Juana entendió que su Obra debería apuntar a las misiones del universo²¹, porque todo el mundo misionero necesitaba sacerdotes.

En prospectiva, la Obra quería estar abierta a todas las personas que, en todo el mundo, contribuían o contribuirían, de acuerdo con sus posibilidades y disponibilidad, a apoyar: 1) la creación de becas perpetuas; 2) la adopción de un seminarista; 3) la oración, los donativos, el trabajo.

Pero para garantizar un comienzo seguro eran imprescindibles dos condiciones: la gracia de Dios y la bendición del Papa. El propio León XIII

¹⁹ P. LESOURD-A. OLIHON, *Jeanne Bigard. Fondatrice della Pontificia Opera di S. Pietro Apostolo per il Clero Indigeno* (trad. e rielaborazione a c. di P. F. Casadei), Ed. P.P.OO.MM., Roma 1979 (abbrev. JB) 32

²⁰ JB 32.

²¹ JB 38.

ofrecería la ocasión con su Carta encíclica *Ad Extremas Orientis*²², con la que apoyaba la urgente necesidad de la formación de los sacerdotes nativos.

Los misioneros que ignoraban el idioma y las costumbres del lugar eran considerados extranjeros, mientras que los sacerdotes nativos se verían facilitados en su ministerio. También había que tener en cuenta que el número de misioneros extranjeros, en breve tiempo, no habría podido mantenerse al paso con el aumento de las conversiones.

La Obra de San Pedro Apóstol contaba con un millar de asociados y una larga lista de becas, por valor de cien mil francos, a favor de los seminaristas asiáticos y africanos. Todo ello hacía esperar un signo de aprobación de Roma. La bendición del Papa llegó en 1895, cuando el episcopado francés también otorgó el permiso a la Obra de San Pedro Apóstol para el Clero Indígena de las Misiones, que así pasó a formar parte a pleno título de la Iglesia universal. *Propaganda Fide* garantizó su pleno apoyo a la Obra a través de sus prefectos, los cardenales Ledochowski y Jacobini. Este último anticipó, en una carta, su inclusión en las Obras Misionales Pontificias, acontecimiento que tuvo lugar el 3 de mayo de 1922, a instancias de Pío XI.

La soledad y el abandono experimentado por muchos fundadores y fundadoras también afectó a Juana. Al lado de su agonizante madre Estefanía (5 de enero de 1903), solo está ella, Juana Bigard, quien le ofreció a Dios sus sufrimientos y el amor de quienes la ayudaron y la siguieron. Temía la oscuridad espiritual y rogó a Jesús que fuera su compañero de viaje «hasta el día en que me perderé en tu amor»²³. Estaba preocupada por la continuidad de la Obra, que al final la confió a la Congregación religiosa de las Franciscanas Misioneras de María²⁴.

La larga enfermedad que la conduciría a su muerte, acaecida el 28 de abril de 1934, revela la misteriosa lógica de las obras de Dios, que a menudo

²² LEÓN XIII, Carta enc. *Ad Extremas Orientis* (24/6/1893), *Acta Leonis XIII*, 13 (1894), 190-197.

²³ JB 88.

²⁴ El Instituto de las *Franciscanas Misioneras de María* fue fundado por Elena de Chappotin de Neuville (1839-1904), que como religiosa tomó el nombre de María de la Pasión. El Instituto fue aprobado el 17 de julio de 1890. Por su carácter esencialmente misionero, obtuvo la aprobación de sus *Constituciones* por parte de la Congregación de *Propaganda Fide* el 8 de julio de 1922.

ofrece la abundancia de sus dones en respuesta a las personas que saben cómo entregar totalmente sus vidas hasta la cruz.

La Obra de San Pedro Apóstol entonces ya formaba parte oficial de la vida de la Iglesia. Por primera vez, aparecía en un documento del magisterio solemne, en la Carta encíclica *Maximum illud*, del papa Benedicto XV, como la Obra de referencia en el campo de los seminarios y de la jerarquía local. El 3 de mayo de 1922, Pío XI la declaró «Obra Pontificia». Este mismo Papa consagró a los primeros obispos de China, Japón y Vietnam, a los que seguirían los primeros vicarios apostólicos de África, consagrados en 1939 por Pío XII.

